UN ARQUITECTO ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS

MEMORIA PRESENTADA A LA ACADEMIA EN LA BECA
«CONDE CARTAGENA»

POR

FERNANDO CHUECA GOITIA

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en sesión celebrada el día 19 de febrero de 1951, me concedió el honor de ser nombrado becario de la "Fundación Conde de Cartagena", para ampliar estudios en Norteamérica. Inicié mi viaje a este país en el mes de mayo siguiente, saliendo del aeropuerto de Barajas a eso de las nueve del día 26 y llegando a Nueva York a las doce del 27. Permanecí en los Estados Unidos todo el tiempo que prescribía la pensión (ocho meses) y tres meses más por cuenta propia, hasta embarcar en el puerto de Nueva York, de regreso a España, el 30 de abril de 1952.

Relatar en breves líneas cuáles han sido mis ocupaciones durante mi estancia en América y en qué forma he tratado de cumplir mis obligaciones como becario, es el objeto de la presente Memoria, pieza de precepto según el Reglamento de la mencionada Fundación.

Antes de dar el salto atlántico y cuando el viaje era materia de imaginarias conjeturas, se erguían ante mí tres tipos de temor o inquietud. *A priori* pensaba que me esperaban no pocas dificultades, que se podían reducir así: dificultades de dinero, dificultades de idioma y dificultades de elección de actividades. La realidad, en efecto, se encargó de darme la razón, y, en cierto modo, la historia de mi estancia, de mis fracasos o de mis éxitos, de lo realizado y lo no realizado, es la historia de mis reacciones ante tales dificultades. Las diversas actitudes tomadas frente a esta realidad, considerada desde este ángulo tripartita, son las que han modelado mi conducta como pensionado.

Parece que hablar de dinero no resulta elegante en este caso; pero, al fin y al cabo, es la primera realidad con que nos tropezamos, y en

dinero se mide la sustantividad de la propia pensión. Si ésta existe es porque un filántropo tuvo en su día el rasgo generoso de establecerla mediante un capital y unas rentas, susceptibles de convertirse en bolsas de viaje para artistas y estudiosos. Atemperada al dinero está la duración de la estancia, y él, en último término, limita las posibilidades del becario.

La beca "Conde de Cartagena" es una excelente pensión, que por su cuantía destaca entre las mejores que las instituciones españolas otorgan a sus hijos que salen a formarse al extranjero. Sin embargo, si se quiere obtener un fruto proporcionado a este privilegio, se imponen una administración y una economía estrictas. Sólo así, vigilando los gastos básicos de estancia y manutención, puede lograrse un ligero remanente para las restantes atenciones. Lo grave es que en estas otras atenciones reside el instrumento de trabajo del becario, ya que si se entrega a la sola tarea de subsistir, se desentiende de su principal objeto y se convierte en un ser vegetativo, con algo así como una pensión de clases pasivas. Si se tienen en cuenta los recursos con que los estudiosos de otros países realizan sus viajes, la desproporción en contra nuestra es enorme. Todos conocemos la holgura con que se mueven en España los intelectuales extranjeros —los americanos, por ejemplo—, y no se nos oculta que el éxito de sus investigaciones obedece en gran parte a esta largueza de medios, aunque también es cierto que les favorece la situación del cambio de divisas.

El primer obstáculo con que tropieza el becario en Estados Unidos es el elevado costo de los viajes, que desnivelan su equilibrio económico. Lo más barato para trasladarse de un sitio a otro son los autobuses por carretera; luego sigue el tren y, por último, el avión, aparte trenes especiales y de lujo. Sin embargo, para largas distancias el avión puede resultar más económico por lo que ahorra en tiempo, etapas, comidas, etcétera.

BOSTON

Pasaré a relatar los principales viajes que he realizado por el territorio de la Unión. El primero de ellos, aparte escapadas a los alrededores de Nueva York, fué a Boston (1 de septiembre de 1951), donde permanecí alrededor de diez días.

Boston es la ciudad más linajuda de los Estados Unidos. Existen sectores aristocráticos en los que pervive la gracia fina y exquisita de la Inglaterra georgiana. En algunos barrios —Beacon Hill— no sólo perduran las piedras, o mejor diríamos los ladrillos coloniales, sino las propias vetustas familias, cuyo linaje no se ha interrumpido. Es la única manera de que una ciudad conserve no sólo su apariencia física, sino su propio estado social y su espíritu. Sin embargo, algunas casas se van cerrando, y tras los cristales color violeta se percibe una sensación de añejo vacío.

Boston tiene una interesante peculiaridad urbanística: son los *squares*, en forma alargada, con planta de circo, de los cuales Louisburg es el modelo y una verdadera joya urbana como ambiente residencial. Boston posee amplias y nobles avenidas, cuyos frondosos y gigantescos árboles dominan y señorean una edificación de palacios y elegantes mansiones. El corazón de la ciudad es el jardín público o *The Common*, con lo cual persiste en la inmensa urbe el núcleo originario del pueblecillo de New England. La aldea de New England se forma alrededor de una pradera común, donde olmos y castaños despliegan su redondo ramaje y pastan, silenciosas, algunas vacas. En vez de ser el corazón del pueblo el apiñado caserío, lo es el verde y despejado territorio, abierto a todos.

Boston es la Atenas americana, y sus Universidades, Instituciones, Academias, Museos, Salas de conciertos, Ateneos, etc., definen lo mejor de su espíritu. Pero tampoco faltan los *slums*, los barrios paupérrimos de emigrantes y negros, la consiguiente *Little Italy*, el ajetreo brutal del

puerto (donde he visto más portaaviones juntos), las zonas del vicio, llenas de tugurios y "burlescos".

Uno de los incentivos mayores que me llevaron a Boston fué el de conocer esa Metrópoli del Saber que se llama Harvard. No es el momento de describir aquella hermosísima ciudad universitaria, de nobles y ordenados edificios de ladrillo, que se mira en las mansas aguas del Charles. Por encima de otras sensaciones, da una impresión de riqueza sólida y auténtica que estremece. Visité la *Widener Memorial Library*, regalo de una archimillonaria en homenaje a su hijo, joven graduado de Harvard, que murió en el hundimiento del *Titanic*. Esta biblioteca posee dos millones de volúmenes y contiene el *Union Catalogue*, donde están fichados todos los libros de las restantes bibliotecas especiales que hay en el *Campus*. En total suman más de tres millones y medio: sin duda, el mayor instrumento bibliográfico de todas las Universidades del mundo.

En la Facultad de Arquitectura tuve la fortuna de que me recibiera su decano, el famoso arquitecto alemán Walter Gropius. Es un hombre de gran estatura, cabeza noble y frente despejada, pelo gris algo largo, con fisonomía que recuerda los retratos de un Goethe maduro. Afable y parsimonioso, me enseñó las aulas de la Escuela y los trabajos a que se dedicaban los alumnos. Me llevó también al Departamento de Urbanismo, que dirige George Holmes Perkins, conocida autoridad en la materia. Harvard ha tomado postura al lado de las tendencias más modernas en cuestiones de arquitectura. Pregunté a Gropius si, dado el caso, podría yo seguir un curso suyo. No fuí afortunado. El maestro parece que limita a un corto número sus propios discípulos. Sólo diez o doce pueden inscribirse anualmente y hay que hacerlo con antelación y buenas aldabas. ¡También en América!... Estas Universidades, aparte de su prestigio científico, tienen otro social que acaso sea el que más las caracteriza.

Visité rápidamente *Wellesley College*, adonde acude a educarse la espuma de las jovencitas de Nueva Inglaterra. Aislado de todo tráfico, en un parque bellísimo, sus elegantes edificios góticos parecen salidos de una ilustración de cuento inglés.

Hay en Boston muy bellos edificios; algunas iglesias coloniales, que a su excelencia artística unen los recuerdos históricos más preciados en este país: los de su Revolución y su Independencia. No voy a enumerarlos, pero tampoco quiero dejar de mencionar la impresión que me produjo el blanco interior de *Kings Chapel* (1749), el más armonioso y puro de su estilo, el colonial georgiano, que destaca precisamente por estas cualidades. En esta iglesia, el rector y los feligreses eran del partido inglés y en tiempos de la evacuación marcharon a Halifax, llevándose libros y ornamentos.

Atrajo mucho mi atención *Trinity Church*, obra maestra de una de las personalidades más acusadas de la arquitectura ochocentista americana: Richardson. Resultado de un viaje por España, Richardson se obsesionó con la Torre del Gallo, de Salamanca, y casi literalmente la trasladó a su iglesia. Penetré en el interior, que produce una viva emoción religiosa: es tenebroso y ancho como un salón victoriano, con luces de vidriera prerrafaelista. Al salir maldije la silueta pesada de algunos rascacielos, nunca tan impropios como en este Boston señorial y académico.

En esta ciudad se encuentran las obras más importantes de uno de los arquitectos que iniciaron en Norteamérica el llamado *greek revival*: Charles Bulfinch. Representa algo así como nuestro Villanueva, y algunos lo consideran el primer gran arquitecto americano.

Desde Boston hicimos excursiones a pueblecillos de los alrededores, verdaderamente deliciosos. Marblehead es un encantador pueblo de pescadores; Salem, una de las más históricas y pintorescas ciudades de Nueva Inglaterra, donde vimos la famosa Casa de los Siete Piñones

(*Seven Gables*), que figura en todos los manuales de arquitectura americana, con prestigio casi gótico, pues su estilo, modestamente isabelino, mantiene en pleno siglo XVII resonancias medievales. La arquitectura americana tiene humildes orígenes: casas de una severidad extrema, un poco hoscas y puritanas, revestidas de un tableraje horizontal y con puntiagudos tejados. Poco más tarde, el siglo XVIII inicia una arquitectura cortesana, distinguida y amable como una *gavota* de Mozart. Gloucester, otro de los pueblecillos que visitamos, fué famoso por sus industrias pesqueras y es punto de peregrinación de colonias de artistas, que se sienten atraídos por las bellezas del lugar.

Tanto en Boston como en Cambridge visité los más importantes Museos; pero de ello daré una relación más detallada al final.

WASHINGTON

Pasado poco más de un mes, mi mujer y yo salimos de viaje para Washington (10 de octubre de 1951). No queríamos esperar a que avanzara más la estación, porque sospechábamos que lo más hermoso de la capital federal eran los árboles, y que Washington sin hojas sería otro Washington. Tuvimos suerte y todavía alcanzamos a ver la vegetación en todo su esplendor. Para trasladarnos optamos por el medio de comunicación más barato: el autobús. El viaje de ida y vuelta a Washington cuesta $ 9,95, es decir, diez dólares. Como término de comparación, nuestra pensión diaria era de $ 8,75. El viaje de noche es también más económico. Nuestro autobús salió a las 11,45 y llegó a la capital a las 7,15. Durante todo el trayecto llovió intensamente. Las carreteras son algo extraordinario y la circulación automóvil impresionante. Todo el recorrido se hace por una zona pobladísima, sin que en ningún momento nos dé la sensación de encontrarnos en campo abierto; a veces, la concentración humana se hace más densa y aquello es una ciudad.

Fué dificilísimo encontrar un hotel conveniente y no muy caro. La plaga del viajero son las "Convenciones". En todas las grandes ciudades existen siempre una o más Convenciones o Congresos simultáneos que llenan los hoteles: sobre todo, los de tipo medio. Entonces estaban reunidos en Washington los *Jeova's Witnesses*, los testigos de Jehová, que no sé de qué cosas tendrían que tratar. En vista de los "testigos" y de lo cara que es la ciudad (más aún que Nueva York), tuvimos que refugiarnos en un hotelucho de ínfima categoría, pero situado en una calle céntrica. Lo malo fué que la única ventana del cuarto estaba tapada por un anuncio rojo de neón, que, con su resplandor y el zumbido del transformador, no nos dejaba dormir.

Washington es una ciudad sin hacer y absolutamente artificial. El Washington gubernamental y representativo, enorme y colosal, con su deje parisino, abruma a fuerza de mármol e inscripciones enfáticas. Es como un París blanco, sin París detrás; frío y equivocado de escala por exceso de magnitud. Una cosa son las perspectivas vistas en el plano y otra en la realidad, porque los edificios buscados para fondo se pierden en lo borroso de la lejanía. Sin embargo, los árboles, los copudos y gigantescos castaños, las praderas verdes, el Potomac y los lagos, constituyen una verdadera maravilla. La ciudad burocrática es realmente un jardín.

Lo contradictorio es que detrás de esto no hay una ciudad digna ni correspondiente. Al lado de tanta esplendidez, la auténtica ciudad no tiene ni carácter, ni gracia, ni ordenación, a pesar de las largas avenidas. Todo es provinciano e incoloro. Se pasa, sin transición, de los grandes monumentos grecorromanos a los vulgares almacenes, garajes, estaciones de gasolina y viviendas en serie. Una desilusión. Lo mejor, como siempre, son los alrededores; el barrio diplomático, con sus magníficas residencias dentro de vastos parques.

Es curioso comparar el Washington de hoy con lo que debió ser el de los tiempos de Lincoln. Al gran Presidente lo asesinaron en un tea-

tro —el oficial de entonces—, el teatro Ford, que es algo así como el de una capital de provincia de segundo orden de nuestro siglo XIX (el de Vitoria o Logroño, pongo por caso). Moribundo, lo trasladaron a la casa de enfrente. Mucho más que los gigantescos memoriales me emocionó esta casita burguesa, en una de cuyas alcobas expiró. En el teatro existe actualmente un Museo, donde lo más interesante son los retratos de generales barbudos y despeinados y de políticos con levitas grandes y polvorientas, que personifican la Guerra Civil. A la vista de todo esto se comprende que las grandes cancillerías europeas —París, Londres, Viena, Berlín— tomaran todavía poco en serio aquella América en conmoción. Pero para el pueblo dominador y orgulloso que hoy contemplamos, lo cierto es que era muy importante.

Pasamos en Washington cinco días muy intensos, visitándolo todo como buenos turistas, empleándonos a fondo en los numerosos e interesantes Museos.

FILADELFIA

El siguiente viaje fué a Filadelfia (22 de noviembre de 1951). Se entra a la ciudad por el suburbio de Camden, y se salta el río Delaware, cerca de su desembocadura, por un gigantesco puente colgante verdaderamente anonadador. Dicen que tiene casi dos millas de largo. La magnitud de las cosas de América nos sobrecoge a los que hemos olvidado el sabor de estas audacias, que parecen imposibles.

Después de la impresión enervante del puente, la ciudad, con su manojo de rascacielos en desorden y los raquíticos barrios por donde entramos, nos produce una pobre impresión. De todas maneras, estamos ya dentro de una ciudad que cuenta en la Historia, cuyo nombre, acaso por su misma pedantería, resuena en nosotros casi a tópico, a tópico histórico: a independencia, a libertad, a justicia, a filantropía, a la esperanza un poco mística de unos hombres poseídos de fervor inaugu-

ral. Pero veamos qué respuestas nos va dando la ciudad a este estado de ánimo nuestro.

Mi primera estación fué, naturalmente, el Independence Hall, y no recibí ninguna sorpresa al comprobar que se trata de una pieza de arquitectura colonial tan admirable como la había imaginado a través de *fotos* y litografías. Sencillamente excelente. Norteamérica nació en una blanca y distinguida cuna inglesa. Lo que sí me produjo gran desilusión fué el sitio. Alrededor del *square*, donde como único homenaje al pasado todavía se siguen encendiendo viejos mecheros de gas, han crecido una serie de estúpidos rascacielos (ocultos cuidadosamente en las fotografías) que dejan al antiguo Capitolio convertido en una construcción de juguete. Vagando por los alrededores descubrí uno a uno todos los signos materiales que vieron el nacer de esta poderosa República. Pero yacen en un barrio miserable, abandonado, sucio, lleno de almacenes e industrias groseras, con grasientos papeles de periódicos por las aceras. Salí de este lugar con una impresión lastimosa. Al fin y al cabo, algunos de nuestros barrios antiguos, en su marco de miseria, habitados por mendigos y prostitutas, se visten con unos harapos más pintorescos y literarios, más en consonancia con los recuerdos que suscitan. Nada queda, pues, en lo externo y aparente, de aquella Filadelfia de cuáqueros y enciclopedistas. Si Boston evoca su pasado, Filadelfia lo ha destruído y ya nada tiene que ver con la refinada ciudad dieciochesca, flor de filosofía y de progreso.

En Filadelfia pasé unos pocos días, desilusionado con la ciudad y entretenido con sus Museos, sobre todo con el de Arte, que es extraordinario.

BALTIMORE

El día 4 de enero de 1952 salimos en automóvil para un viaje más largo, pero algo precipitado. Unos amigos habían puesto a nuestra disposición su coche y nosotros nos sufragábamos la esencia. Nuestro pri-

mer destino era Baltimore. Para ganar tiempo tomamos una modernísima autopista, la *New Jersey Turnpike*, abierta a los automóviles mediante un canon por kilómetro. Cuando llegamos a Baltimore nevaba copiosamente, y la ciudad, como muerta y con las cúpulas blancas, recordaba viejas estampas de Petrogrado. Esta casual y subjetiva evocación me hizo pensar en ciertos puntos de coincidencia histórica entre los dos grandes colosos euroasiático y americano. Hacia 1820, tras el Congreso de Viena, Rusia y los Estados Unidos son dos países que tratan de incorporarse a la civilización y que se ven atravesados por corrientes de nuevas ideas de emancipación y libertad; dos pueblos que se agitan con despertar de músculo joven y que dan una impresión de vitalidad nueva. Todos conocemos los avatares por que después han pasado. No puede, en efecto, establecerse un paralelo. Pero, sin embargo, por un camino o por otro, ambos países han venido a ser las dos potencias indiscutibles de nuestro tiempo.

Lo que sí resultaría interesante sería establecer el paralelo —que éste sí que existe— entre el estilo neogriego americano y el neoclasicismo alejandrino ruso. Después de las guerras napoleónicas, el pueblo que más construye en Europa es Rusia, a la vez que lo hace América inaugurando el primer estilo personal y acaso el más interesante de los suyos históricos.

Baltimore tiene en su apariencia externa un marcado sabor siglo diecinueve, como Boston lo conserva del dieciocho. En ello entra por mucho la arquitectura del *greek revival*, con su austeridad un poco seca, anuncio de la romántica melancolía. Las plazas en forma de cruz que rodean el *memorial* a Washington, una monumental columna neoclásica, me parecieron de lo más interesante que he visto en América en materia de composición urbana: un trozo de ciudad verdaderamente digno de este nombre. Nos hubiera gustado permanecer más tiempo en Baltimore, pero para el viaje previsto teníamos nuestros días contados.

Seguimos a Washington, en donde nos detuvimos poco, y, pasando al lado del inmenso "Pentágono", nos adentramos en el Estado de Virginia. Es curioso, pero existe una frontera invisible entre los Estados del Norte y del Sur: la frontera de la guerra civil. Aquéllos son los vencedores; en éstos se nota todavía al vencido. Se advierte algo así como un ligero cambio de nivel de vida, algo de abandono, pobreza y laxitud. Atravesamos Richmond lateralmente y nada de lo que vimos correspondió a la imagen romántica que teníamos de la capital del Sur. Una ciudad vulgar, más pobre que las del Norte. El final de nuestro viaje era Norfolk, una de las mayores bases navales de los Estados Unidos y del mundo. El pueblo es un pueblo de marineros que, como chiquillos grandes, se divierten ruidosamente en Main Street, una calle llena de cinematógrafos, tabernas y barracas de tiro al blanco, las *shoot galleries* a que tan aficionados son los americanos, con juegos de todas clases en aparatos tragaperras. En Norfolk vimos los primeros signos de la segregación de razas, que, aunque conocida, produce al contemplarla en la realidad innegable estupor y frío interior. En edificios públicos, como estaciones, la sala de espera está dividida en dos, con grandes e inequívocos carteles en las puertas, que dicen: "*White men*"; "*Colored men*". Se ven muchos negros con una mirada blanda de perros apaleados. Resulta completamente imposible entender su jerga y nunca dan contestaciones directas, sino largas y difusas, llenas de circunloquios extraños.

Pero lo más asombroso de Norfolk es el puerto. Para tomar la carretera de vuelta atravesamos la bahía en un *ferry*, una mañana fría de color gris acero: el mismo color de los innumerables navíos de guerra anclados en nuestro derredor. Espectáculo impresionante de la fuerza casi monstruosa de un país. Desde nuestra embarcación nos parecía que pasábamos revista a la escuadra alineada: acorazados, cruceros, destruc-

tores, portaaviones, submarinos, todas las modalidades del poder ofensivo de la Marina.

Tuvimos, como digo, que atravesar la bahía, y nos alegramos, para, a la vuelta, pasar por la ciudad colonial de Williamsburg. Este era uno de los objetivos preferentes de nuestro viaje. Y no nos defraudó. Yo conocía varios documentos sobre la restauración de Williamsburg y tenía ganas de contemplar la realidad. Williamsburg es de enorme interés para todo arquitecto. Para restaurar la capital inglesa de Virginia, John D. Rockefeller Jr. puso a contribución, sin reservas, todo el dinero necesario, y se hizo una obra modelo en su género. La Corporación que se formó al efecto incautóse de todas las propiedades, eliminando las que no fueran originales de la época prerrevolucioaria. Se reconstruyeron las que lo necesitaban, es decir, más o menos, todas, y se trató de inmovilizar el tiempo, como si nada hubiera pasado desde 1779. No quedó la tarea de los restauradores reducida a la arquitectura, urbanización y jardinería, sino que se amplió a la decoración interior, al mobiliario, al menaje más insignificante, y, lo que es más curioso, a los mismos habitantes. Esto sí que es llevar las cosas al último extremo. En efecto: por todo Williamsburg nos encontramos personas vestidas y hasta peinadas a la usanza de la época, sobre todo unas señoras de miriñaque y pelo blanco tornasolado que parecen hechas de encargo. Por los salones del Palacio del Gobernador hallamos ujieres y lacayos, y en las cocinas y dependencias, servidores negros. Todos estos personajes, parte integrante de la restauración, son empleados de la Corporación, que sostiene la ciudad, y viven en las casas de época como en pleno siglo XVIII. Lo que nos falta por saber es si reciben una educación también dieciochesca, es decir, si la manía restauradora ha llegado al extremo de modelar la mentalidad y el carácter.

Como caso de restauración a fondo no cabe más. No vamos a entrar en si tal concepto es equivocado o no. Es cierto que empalaga una cosa tan peinada y detallista, pero no podemos menos de rendirnos a la be-

lleza de la arquitectura colonial, tan escrupulosamente conservada, y al encanto de los interiores de Williamsburg, donde antaño conversaran en animado coloquio Jefferson, Mason, Wythe y otros líderes del futuro Estado.

La visita a Williamsburg, capital de las ricas plantaciones de Virginia, fué del todo satisfactoria y sólo tuvo un defecto: demasiado apresurada. Valía la pena el haber pasado, por lo menos, cuatro o cinco días en aquel ambiente encantador; pero nuestro viaje estaba previamente formalizado y hubo que volver a Nueva York a toda la velocidad que permitían las espléndidas pistas automovilísticas.

CHICAGO

El viaje a Chicago lo hicimos en avión. La distancia es muy respetable para pensar en el autobús. En el aeropuerto de Laguardia están entrando y saliendo aparatos incesantemente; cuando uno de ellos se escapa por un extremo de la pista, otro viene por el lado opuesto a posarse. A veces se ordenan diversas salidas consecutivas y luego se interrumpen para dar entrada a los aviones que esperan en el cielo trazando amplios círculos. Creo que partimos el 14 de abril de 1952, a las cuatro de la tarde, llegando a nuestro destino a las siete y media hora New York y seis y media hora Chicago. El recorrido en autobús desde el aeropuerto al centro de la ciudad es ya una cosa que predispone el ánimo: calles y calles como de suburbio, con casuchas, almacenes, garajes y mucha publicidad en grandes *bill boards*, que no se acaban nunca. Se piensa que todo aquello pronto empezará a cuajar en algo que tenga figura de ciudad, con avenidas, plazas, monumentos, etc... Y siguen las interminables calles de ese suburbio atroz que es todo Chicago. De pronto, como una aparición y sin que nada nos prepare de antemano, surge la perspectiva de Michigan Avenue con sus enormes edificios, y al fondo uno blanquísimo, resplandeciente de luz; luego per-

demos esta perspectiva, haciendo otro guiño por calles laterales, y el ómnibus nos deja en State Street, la calle céntrica por excelencia.

En el centro de la ciudad, en el *Loop*, los enormes edificios se amontonan en calles angostas, negros y tremendos como acantilados de basalto; al lado, solares llenos de inmundicia y automóviles; calles repletas de circulación, junto a pasadizos medianeros a los que apenas llega la luz y donde, como un arabesco, se recorta el hierro oxidado de múltiples escaleras de escape; una cintura de ferrocarriles elevados que dan sombra de mercado oriental a la calle, y ruido constante y frenético de golpear de carriles. No obstante, los rascacielos de Chicago tienen puntos de vista de que carecen los de Nueva York. Michigan Avenue posee grandeza e indudable majestad; asomándose al Chicago River se alcanzan panoramas pintorescos y dramáticos. El lago Michigan, cuando lo vi por vez primera parecía un mar algo turbio y agitado por los vientos. En uno de los muelles posaban anclados varios barcos de guerra y un submarino.

Al llegar a Chicago y palpar su ambiente nos damos cuenta de que Nueva York ha quedado muy atrás y que hemos entrado en el fondo del saco americano, sin ventanas al exterior. Lo primero que uno piensa es que vivir en Chicago equivale a romper toda clase de amarras con el pasado, con nuestro pasado. Ya allí, nada de lo que ocurre tiene o ha tenido que ver con nosotros. Ellos viven sólo sus problemas, su mundo, y para eso basta con leer los periódicos, cerriles y obstinados en su egoísmo local.

En Chicago visité la *American Society of Planning Officials*, la entidad dedicada a problemas y asuntos urbanos más notoria de la nación. Fuí muy bien recibido y luego he seguido en contacto con ellos, afiliándome como miembro. Este organismo tiene su sede en un bello edificio situado en el *Campus* de Chicago University, que, como todas las Universidades de América, está espléndidamente alojada y dentro de un lugar muy hermoso, Los señores de la Sociedad de Urbanistas me

presentaron a Mr. Hirsch, Director de la Oficina para la Ordenación del Sector Sur de Chicago, quien me invitó amablemente a visitar su departamento y ver sus trabajos. Esta Oficina, que se sostiene con el apoyo privado, ha sido montada para regenerar uno de los sitios más nauseabundos y decrépitos de esta ciudad verdaderamente infernal. Se halla situada —me figuro que para dar ejemplo y hacerse partícipe del problema— justo en medio de tan desvalido sector. Para llegar a ella contemplamos uno de los barrios más sórdidos de Chicago. Y lo contemplamos en toda su espantable pobreza, porque "el elevado" circula por entre los patinejos de las casas, todavía más desvencijados que las propias calles.

El lugar donde se encuentra la Oficina es un antiguo hotel, de estilo victoriano, venido a menos. Dentro, como una utopía, planos y maquetas de una modernidad resplandeciente animan un futuro ante el cual uno se siente escéptico a la vista de la realidad. Mr. Hirsch, joven, animoso, resuelto, me lo explicó todo; me dió material urbanístico interesante e incluso me hizo confidencias sobre sus desazones e inquietudes.

A la salida, la realidad nos pareció más espantosa aún. En una de las calles de los alrededores vimos un automóvil que debía llevar varios años abandonado, lleno de trapos viejos y botellas y con los neumáticos podridos.

Otro día tuve la satisfacción de visitar al gran arquitecto alemán Mies van der Rohe. Es profesor del *Illinois Technological Institute*, donde ha construído los edificios de la propia institución. Resulta curioso que su departamento, el de Arquitectura, esté situado en el mismo edificio que el de Técnica de Artillería Naval, de modo que se penetra primero en una gran nave, donde uno se encuentra de manos a boca con modernísimos cañones y tubos lanzatorpedos. Tras este bélico recibimiento se sube a la planta primera, donde los alumnos de arquitectura ejecutan por sí mismos maquetas de metal, de plásticos y de otros materiales, con igual exactitud y precisión con que podría

hacerlo un mecánico artillero. No es, pues, tan disparatada la asociación.

A Mies van der Rohe le encantó que le dijera que yo había visto y admirado el pabellón de Alemania en la Exposición de Barcelona, una de sus obras predilectas y que ha sido juzgada como pieza maestra de la arquitectura moderna, aunque desapareciera con la Exposición, no conservándose, como otras menos dignas de perdurar. Me presentó a Hilberseimer, otra gran figura de la primera postguerra, que dirige el Departamento de Urbanismo. Estuve también en la pequeña oficina-estudio que Mies tiene en el centro de Chicago; estudio que no se parece en nada a las elegantes oficinas de los arquitectos de buena clientela, pues más tiene de taller de artesano, con banco de carpintero y todo, para ensayar formas y soluciones constructivas. Me recordó algo las fotografías que conozco del estudio de Gaudí, con su desorden, pero también con su aspecto inconfundible de laboratorio en donde se lleva a cabo un trabajo creador. Mies van der Rohe me enseñó personalmente un grupo de viviendas, dos imponentes torres de cristal, que estaba terminando, en uno de los lugares más hermosos y distinguidos de Chicago, dando vista al lago. Su arquitectura escueta, como la impusiera el ascetismo de un nuevo San Bernardo, me causó enorme impresión, como todo lo de este arquitecto, y me felicité de haber tenido tan interesante oportunidad.

En Chicago se da una circunstancia contradictoria: mientras la ciudad en conjunto no posee ninguna belleza ni atractivo artístico (no hablo de otros aspectos, verdaderamente interesantes), en cambio, su arquitectura, aisladamente, es de las más notables; muy superior, desde luego, a la de Nueva York. La verdadera estética del rascacielos hay que buscarla en la ciudad del Michigan, donde existe una verdadera escuela y ejemplos notabilísimos. Sullivan es la figura representativa, un precursor de las tendencias actuales y un artista de gran energía como compositor y de gran sensibilidad manejando los materiales. Fué

el maestro de Frank Lloyd Wright, de quien pude ver también algunas obras, aunque no muchas por su enorme dispersión. Desde luego, bien merece esta ciudad la visita de un arquitecto interesado en los prolegómenos de la arquitectura moderna.

Con Chicago termina la serie de nuestros largos viajes, aunque entre tanto habíamos hecho algunos otros a los alrededores de Nueva York. Por ejemplo, visitamos Yale, en New Haven, y Princeton, las dos grandes Universidades, con sus magníficos edificios, sus laboratorios, sus bibliotecas, sus residencias, en un marco de parques y jardines. Visitamos también varios pueblos de Long Island, de Connecticut y New Jersey, que no vale la pena de citar en esta Memoria.

EL IDIOMA

Una de las dificultades, y no pequeña, con que tropieza el becario es el idioma. De mí sé decir que al ir a los Estados Unidos podía leer con bastante facilidad el inglés, y esperaba que, con esta base y unos rudimentos de conversación, pronto me sería fácil entender a los americanos y hacerme entender de ellos. Sin embargo, el fracaso, con la consiguiente desilusión, no se hizo esperar. El superar este *handicap* es de lo más penoso, y el peligro más grave reside en que tal fracaso puede convertirse en un complejo capaz de desanimar a cualquiera. Todos sabemos que la gramática inglesa tiene una estructura mucho más simple que la nuestra; pero existen tres características del idioma inglés que lo hacen particularmente espinoso: en primer lugar, su vocabulario es mucho más rico; luego, las preposiciones que frecuentemente acompañan a los verbos los modifican por completo, creando una total desorientación, y, por último, las expresiones idiomáticas o modismos abundan mucho más que en el español y además es difícil reducirlas a un esquema lógico. Siendo como es el inglés un agregado curioso de términos latinos y sajones, los primeros entran más en el lengua-

je culto (por consiguiente, en la escritura), y los segundos en el común o hablado. La defensa para los que provenimos del tronco románico está en las palabras grecolatinas, iguales o casi iguales a las nuestras, y a ellas nos aferramos como tabla de salvación. Por eso, los que nos escuchan encuentran que nuestra conversación, además de torpe y premiosa, es pedantesca por añadidura.

Todas estas dificultades no son nada, sobre todo en un principio, con las que origina la fonética. Estamos acostumbrados a nuestra pronunciación contundente, con aristas vivas, y el sutil *sfumato* de la fonética inglesa resulta casi imposible de captar por nuestros órganos auditivos, acostumbrados al sonoro redoble de tambor castellano. El idioma inglés tiene muchos más sonidos que los idiomas latinos, y los que lo ejercitan, un oído mucho más preparado para clasificarlos por imperceptibles matices. Muy a menudo se culpa a los anglosajones de torpes de comprensión cuando no entienden alguna palabra porque hemos errado en una milésima su pronunciación. Pero lo que sucede es que están acostumbrados a jugar con esas milésimas que nosotros despreciamos, y la más pequeña variación puede suponer para ellos vocablos o conceptos enteramente diferentes. El que el inglés, con sus múltiples sonidos, haya adoptado el alfabeto romano, concebido para representar muchísimos menos, ha dado lugar a las anomalías y diferencias entre el idioma escrito y el hablado. Por eso, durante algún tiempo sucede que ciertas palabras aprendidas por vía oral no se las identifica con otras que conocemos por vía de lectura. Sólo cuando el inglés que se ha aprendido por caminos diferentes, casi como si se tratara de dos lenguas distintas, se unifica como lo que es, un medio de comunicación único con una doble representación, es cuando se puede decir que empezamos a saber el idioma.

Los primeros contactos de palabra con las gentes del país son en verdad decepcionantes. Por otra parte, el americano no suele ser propenso a hacerse cargo de la situación, procurando hablar despacio, con

claridad y con ayuda de mímica expresiva. No modifican para nada su modo habitual de comunicarse, e incluso les aburre o les fatiga tener que repetir o remachar sus frases. En este particular llegan a ser en ocasiones hasta indelicados. Como, por añadidura, carecen de mímica y casi de énfasis, su lenguaje conciso, sin altibajos y matizado por inflexiones a veces imperceptibles, resulta ininteligible.

En este aspecto todo es cuestión de paciencia y de oír mucho; sólo así se va ablandando el tímpano, haciéndose receptivo a un soniquete particular. Para esto hace falta mucho tiempo, constancia y poner todos los medios que estén al alcance del interesado. Estos medios son, fundamentalmente, las clases, la conversación y el escuchar tanto como se pueda.

Pronto me di cuenta de que era necesario acudir a algunas clases de inglés. Tuve la suerte de encontrar unas muy convenientes en una Academia titulada "Latin American Institute". Resultaba, ciertamente, un poco caro; pero las clases eran de escasas personas, seis como máximo, y, por tanto, muy eficaces. En estas clases, a las que me acompañaba mi mujer, era muy interesante su ambiente cosmopolita. Nuestros compañeros más asiduos (aunque no simultáneos) fueron: un médico venezolano, serio y juicioso; un sacerdote chileno, que había sido rector de una Universidad católica de Santiago y que se mostraba muy animado y decidor; una señora de Shanghai, muy fina, separada hacía tiempo de su marido, un gran comerciante al parecer, por las condiciones anormales de la política de su país; un iraniano callado y bonachón, de ojos dulces, al que le pedíamos opinión sobre Mossadeq, a la sazón en Nueva York; una muchacha canadiense, rubia, que también tenía que aprender inglés por ser de una minoría francesa de Quebec; un muchacho de Siam, que había ido a estudiar ciencias económicas; un mozalbete egipcio, y un señorito brasileño.

Además de estas clases, habría sido muy conveniente acudir también a conferencias académicas donde poder escuchar a profesores en su lenguaje correcto y metódico. Pero en Nueva York no existen, como en Europa, las conferencias públicas. Hay Universidades y multitud de instituciones donde se dan cursos orgánicos, en los que es necesario matricularse de antemano y pagar la *tuition* correspondiente. Por tanto, este fácil recurso nos estaba vedado. En cambio, contábamos con las innumerables salas de cine, donde podían compaginarse la distracción y el aprendizaje. Fuimos mucho a los cines, de los que la mayor parte de las veces salíamos desilusionados por nuestra torpeza. Las películas más difíciles de entender eran las de *gansters* y bajos fondos, donde se hablaba el *slang* de la calle. Las de alta sociedad constituían un respiro. Como todos los cines son de sesión continua, a veces nos quedábamos para repetir el programa, y, cosa curiosa, a la segunda vuelta solíamos entender menos que a la primera, sin duda por cansancio y porque habíamos perdido el aliciente de la novedad. Muchas veces, tras varias horas en la oscuridad, salíamos rendidos y mohinos.

Luego, yo empecé a ir a la Universidad y poco a poco se me fueron ablandando los tímpanos. El idioma es un instrumento imprescindible para el becario. En sus contactos con las personas a las que tiene que acudir para obtener información y enseñanza, la pobreza de medios expresivos supone un obstáculo terrible. Es necesario superar a todo trance el complejo de inferioridad que produce. Durante los últimos meses era para mí un alivio, echando la vista atrás, poder hablar y entender a mis interlocutores con cierta facilidad. Cuando el becario empieza a sentirse más a su gusto y con mayor capacidad para asimilar y hacer una labor provechosa, es cuando comienza a darse cuenta de que su plazo está pronto a expirar.

Queda, por último, frente al pensionado una grave ansiedad. Perdido en aquel mundo inmenso y fascinante que le solicita por todos lados, ¿qué camino tomar?, ¿cómo enfocar sus actividades? La beca de la Fundación "Conde de Cartagena" tiene una gran ventaja: su libertad; pero, asimismo, la libertad es una de las cosas más difíciles de administrar, y en este caso la libertad raya casi en el desamparo. Otras becas se plantean en colaboración con instituciones del país a visitar, y entonces dichas instituciones sirven un poco de piloto al náufrago. En nuestro caso, esto falta totalmente. Por otro lado, en Nueva York, capital intelectual del mundo moderno, se echa de menos la existencia de un Instituto de Cultura Española que sirviera para poner en contacto a los estudiosos españoles con los medios intelectuales del país, algo que les sirviera al mismo tiempo de tribuna para darse a conocer, haciendo así propaganda de las cosas de España. Yo, que he realizado algunos trabajos sobre arquitectura histórica española, hubiera podido entrar mejor en contacto con los especialistas americanos interesados. Con algunos me relacioné particularmente; pero otros, que luego he visto en España, me han reprochado no tener noticia de mi estancia en su país. Se comprenderá que es un tanto difícil, y además desairado, que uno mismo pregone: "aquí estoy yo". Las representaciones diplomáticas se hallan muy ceñidas a sus problemas específicos y de trámite para ocuparse de estas cosas, y aunque hay un llamado Director de Becarios, afecto a Washington, este señor, un Padre jesuíta, es más bien un director espiritual encargado de ordenar las costumbres y la moral de los pensionados jóvenes. Esto, se comprenderá, no es lo que necesitan los becarios del tipo Fundación "Conde de Cartagena", personas ya hechas y formadas.

Por consiguiente, uno tiene que abrirse su camino enteramente solo, y lo que uno consiga a su sólo esfuerzo se deberá. Gracias al Institute

of Fine Arts, dependiente de New York University, y a su hasta entonces Director W. S. Cook, conocido hispanista, he obtenido facilidades de todo orden y algunas interesantes presentaciones de personas dedicadas a investigaciones artísticas. La Hispanic Society of America también me acogió con benevolencia, confiriéndome el honor de recibirme como miembro correspondiente. He dado algunas conferencias en Columbia University, en el Barnard College y en Sarah Lawrence College sobre temas españoles.

Pero vayamos a lo más importante de mis actividades allí, que es de lo que se trata en la presente Memoria. Como digo, frente al cúmulo de solicitaciones que se me presentaban, me sentí perplejo. En primer lugar, ante el recién llegado se plantea una grave disyuntiva: o concretar, o dispersarse. Adoptado el primer camino, las perspectivas son, sin duda, más sólidas y positivas, y, desde un punto de vista de utilidad o provecho personal, acaso más seguras. Por este camino se puede escoger un tema de estudio y profundizar en él hasta lograr un sólido conocimiento. Pero también es mucho lo que se sacrifica, ya que la oportunidad del viaje a los Estados Unidos no se puede repetir tan a menudo como para malgastar una experiencia de tipo más general que la que puede lograrse si uno se dedica por entero a un solo tema. En esta disyuntiva, y acaso dejándome llevar por mi temperamento curioso, no tuve valor para cerrar todas las atractivas ventanas abiertas al gran paisaje, para encerrarme en un gabinete y quemar mis cejas en un estudio pertinaz de especialista. No obstante, también me asaltó el pánico de una total disolución de mi ser en aquel mar sin orillas, y procuré, en una palabra, conciliar la visión general con algunos resultados y temas de estudio concretos.

Con este criterio, mi actividad se fué plasmando en la siguiente forma:

a) Conocimiento general del país y sus problemas, sobre todo, enfocados desde las realidades de la vida urbana. A este propósito coad-

yuvaron los viajes, de los que acabo de hacer sumaria mención. Donde más profundicé fué en el hecho urbano de Nueva York, la ciudad en que he vivido más tiempo y que mejor conozco.

b) Estudios de urbanismo y problemas urbanos. Para ello me matriculé en la Universidad de Columbia durante dos *terms*, es decir, dos trimestres. El primer trimestre cursé las siguientes asignaturas: *Planning; Seminar in Urban Planning Research*, y *Urban Sociology;* asignaturas de las que me examiné, obteniendo las siguientes notas: B, A y H. Durante el segundo trimestre me matriculé en la *Planning and Housing Round Table*, y no pude examinarme por tener que regresar antes a España.

Todo esto me permitió entrar en relación y conocer a varios profesores y especialistas, principalmente en el curso del segundo trimestre, que consistía en un seminario al que en cada sesión acudía algún técnico en la materia a explicar temas de su competencia. Esto también me permitió ver desde dentro la forma de trabajar de las Universidades, y tener acceso, con el auxilio de la Universidad, a bibliotecas especializadas y otros organismos.

Uno de mis temas de estudio, que empezó por ser tesis final del curso de *Planning*, fué el de las viviendas de renta reducida en los Estados Unidos y sus repercusiones en materia de urbanismo. Escogí este asunto por estimar que sus enseñanzas podrían ser de utilidad como inspiraciones y sugerencias en el grave problema de la vivienda que tenemos planteado en España. Por considerarlo de interés, el Instituto de Estudios de Administración Local ha publicado este trabajo [1], y hoy me complace acompañar la presente Memoria con un ejemplar de esta publicación como anejo suyo.

---

1. — *Viviendas de renta reducida en los Estados Unidos.*—Publicación del Instituto de Estudios de Administración Local.—Madrid, 1952.

Mis observaciones sobre la ciudad de Nueva York que pertenecen a las actividades del grupo *a*), junto con los conocimientos de urbanismo y sociología que desarrollé también en Columbia, dieron asimismo origen a una segunda publicación (por el citado Instituto), que titulo "Nueva York. Forma y sociedad" [2], y que también uno como anejo a la Memoria. De este modo he podido lograr resumir mis actividades, por lo menos, en dos trabajos de tipo concreto: el primero, de investigación positiva y de utilidad práctica; el segundo, sobre temas e impresiones más generales.

Por último, otro grupo de actividades, *c*), se concretó en el estudio de los Museos de arte y otras instituciones de cultura afines, desde el punto de vista de sus problemas arquitectónicos, de instalación y de funcionamiento. Habiendo terminado poco antes de mi traslado a los Estados Unidos la instalación del nuevo Museo Lázaro Galdiano, en Madrid, y teniendo que llevar a cabo a mi vuelta una ampliación del mismo, me pareció, por esta razón, que el estudiar los Museos americanos podría tener luego un resultado inmediato y beneficioso en los trabajos de este tipo que me esperaban. Y no sólo esto, sino que podían ser de utilidad también para otros problemas e incluso para otros compañeros.

Como los estudios que realicé en esta materia se hallan guardados en mis carpetas y no puedo dar fe de los mismos con publicaciones como aquellas a las que anteriormente me he referido, uniré a esta Memoria algunas breves consideraciones sobre los Museos de América [3] y sobre lo que en ellos he visto.

En tres escalones se puede dividir mi conocimiento de los Museos de la Unión: 1) Museos que he estudiado en publicaciones que allí pude manejar; 2) Museos que he visitado, obteniendo en ellos datos y

---

2. — *Nueva York. Forma y sociedad.*—Publicación del mismo Instituto.—Madrid, 1953.
3 —*Los Museos de los Estados Unidos.* Memoria manuscrita.

referencias, y 3) Museos a los que he dedicado mayor atención y estudio.

En todos los casos procuré hacerme con el material que estaba a mi alcance: planos, memorias, características técnicas, guías, etc., etc., que hoy engrosan mis carpetas y que en su día pueden constituir una valiosa suma de referencias.

* * *

Estas fueron, en grandes rasgos, las orientaciones que me impuse durante mi estancia en los Estados Unidos como becario de la Fundación "Conde de Cartagena", siempre con el pensamiento puesto en corresponder al favor que debía a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y con el ánimo, en fin, de ser útil a España dentro de mis modestas fuerzas y en mi particular esfera de actividad. De los resultados conseguidos, la Academia, no yo, podrá juzgar por esta Memoria, por los trabajos que con ella le ofrezco y, tal vez mejor que nada, por posibles realizaciones futuras que demuestren si he sabido o no aprovechar esta oportunidad, que por última vez quiero expresamente agradecer.

Madrid, febrero de 1953.